

Jueves XXIX del TO
Ciclo A



26 de octubre de 2023

Rm 6, 19-23

Sal 1

Lc 12, 49-53

P. Eduardo Suanzes, msp

Pablo afirma en la Primera Lectura que *«el salario del pecado es la muerte»*, es decir, que la paga de la vida en pecado es la nada existencial. La muerte de la que aquí habla no es el acto puntual del fin de la vida biológica; se trata más bien de una vida sin ser lo que uno está llamado a ser. Vivir en las dinámicas del pecado (recordemos, vivir como si Dios no existiera siendo conscientes de ello) es vivir fuera de tu naturaleza de ser humano.

Por eso es que a mí me llama la atención cuando alguien se te acerca en la confesión y te dice, al confesar un pecado: «—pero, Padre, ¿qué le voy a hacer si soy un ser humano...?». Y yo les digo que precisamente eso no es de ser humanos, que el ser verdaderamente humanos implica no estar en esas dinámicas; que tenemos que comprender la realidad de lo que significa ser humano: vivir según tu propia naturaleza, hecha a imagen de Dios.

Ajustarte a lo que es tu propia naturaleza no es perder la libertad, al contrario, es hacerla plena; ser esclavos es precisamente lo opuesto, que es lo que aquí Pablo está diciendo con otro lenguaje, pero en el fondo es lo mismo. El hombre está hecho para la vida, y todo lo que se salga de esa dinámica lo esclaviza en otras tantas de muerte. En efecto, el pecado paga con la muerte, Dios, sin embargo paga con una vida plena, indestructible y sin fin que comienza desde el momento de la conversión.

En el Evangelio Jesús dice: *«Yo he venido a prender fuego en el mundo, y ¡ojalá estuviera ya ardiendo!»*. ¿De qué está hablando Jesús? El fuego que arde en su interior es la pasión por Dios y la compasión por los que sufren. Jamás podrá ser desvelado ese amor insondable que anima su vida entera. Su misterio no quedará nunca encerrado en fórmulas dogmáticas ni en libros de sabios. Nadie escribirá un libro definitivo sobre él. Jesús atrae y quema, turba y purifica. Nadie podrá seguirlo con el corazón apagado o con piedad aburrida.

Su palabra hace arder los corazones. Nunca podremos seguirlo viviendo en la rutina religiosa o el convencionalismo de «lo políticamente correcto». Con Jesús «hay que mojarse»: o te mojas o no estás con él. Jesús enciende los conflictos, no los apaga. No ha venido a traer falsa tranquilidad, sino tensiones, enfrentamiento y divisiones. En realidad, introduce el conflicto en nuestro propio corazón.

Su fuego no ha quedado apagado al sumergirse en las aguas profundas de la muerte. Resucitado a una vida nueva, su Espíritu sigue ardiendo a lo largo de la historia. Los primeros seguidores lo sienten arder en sus corazones cuando escuchan sus palabras mientras camina junto a ellos (los de Emaús). Y ha habido a lo largo de la historia rostros de nuestros hermanos que se han encendido con el fuego de Jesús y nos han orientado por el camino: Agustín, Atanasio, Francisco de Asís, Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola, Concepción Cabrera, Félix de Jesús Rougier y tantos y tantos otros. Ellos se convirtieron en hogueras imponentes, humildes y pacíficas, que transformaron la historia de su tiempo hasta nuestros días.

¿Dónde es posible sentir hoy ese fuego de Jesús? ¿Dónde podemos experimentar la fuerza de su libertad creadora? ¿Cuándo arden nuestros corazones al acoger su Evangelio? ¿Dónde se vive de manera apasionada siguiendo sus pasos? Aunque la fe cristiana parece extinguirse hoy entre nosotros, el fuego traído por Jesús al mundo sigue ardiendo bajo las cenizas. No podemos dejar que se apague. Sin fuego en el corazón no es posible seguir a Jesús¹.

Jesús no nos puede dejar quietos; el que realmente se encuentra con él entra en un torbellino de cambio, de mejora, de lucha por la paz, de socorro al desvalido. El creyente en Jesús no es una persona fatalista que se resigna ante la situación, buscando, por encima de todo, tranquilidad y falsa paz. No es un inmovilista que justifica el actual orden de cosas, sin trabajar con ánimo creador y solidario por un mundo mejor. Tampoco es un rebelde que, movido por el resentimiento, echa abajo todo para asumir él mismo el lugar de aquellos a los que ha derribado.

El seguidor de Jesús toma su responsabilidad por construir la paz en este mundo que estamos padeciendo, y sabe que su papel es importantísimo en la pacificación de sus hermanos siendo él mismo fuente de paz y no de discordia.

El que ha entendido a Jesús actúa movido por la pasión y aspiración de colaborar en un cambio total. El verdadero cristiano lleva la «revolución» en su corazón. Una revolución que no es «golpe de estado», cambio cualquiera de gobierno, insurrección o relevo político, sino búsqueda de una sociedad más justa, responsable, solidaria y corresponsable. No dejando este papel a sus gobernantes, es consciente de su protagonismo en la historia y se compromete con ella.

En efecto. El seguidor de Jesús sabe que necesitamos una revolución más profunda que las revoluciones económicas. Sabe, como dice el Papa Francisco, «que el mercado no lo resuelve todo, aunque otra vez nos quieran hacer creer este dogma de fe neoliberal»². Él cree en una revolución, sí, pero en la que transforme las conciencias de los hombres y de los pueblos: ése es el fuego que ha venido a traer Jesús. Por eso anhelaba su bautismo, ***la entrega total hasta la muerte en la cruz: el único camino revolucionario que él conoce.***

Quien sigue a Jesús, vive buscando ardientemente que el fuego encendido por él arda cada vez más en este mundo. Pero, antes que nada, se exige a sí mismo una transformación radical. Escribía Mounier³ « lo que se pide a los cristianos es que sean ellos mismos. Es cierto que es aquí donde reside la revolución»⁴. Para este escritor la revolución nace del espíritu y no consiste en destructivas manifestaciones ni en cócteles molotov, sino en un cambio personal del cristiano en lo más íntimo de sí.

¹ Cfr. JOSÉ ANTONIO PAGOLA. *Sin fuego no es posible*. En www.feadulta.com

² FRANCISCO. *Tutti Fratelli*. Encíclica, n.68. En Asís, a 3 de octubre de 2020

³ Emmanuel Mounier, (1905-1950), filósofo francés católico, fundador del personalismo comunitario.

⁴ E. MOUNIER. *Revolución personalista y comunitaria*, p.355. Ed. ZERO. Bilbao, 1975